



HASTA
QUE EL
INFIERNO
NOS
SEPARE

SARAH HOGLE




ESPASA



SARAH HOGLE

HASTA QUE EL INFIERNO
NOS SEPARE

Traducción de Milo J. Krmpotić


ESPASA

Título original: *You Deserve Each Other*

© Sarah Hogle, 2020

Publicado de acuerdo con G.P. Putnam's Son, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2020

ISBN: 978-84-670-5916-8

Depósito legal: B. 4.656-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

UN AÑO Y NUEVE MESES DESPUÉS

Qué día tan feo y asqueroso. La lluvia sale despedida del parabrisas del coche de mi compañero de trabajo, igualmente asqueroso por su olor a patatas fritas frías del McDonald's y a pino. Leon hace tamborilear los dedos sobre el volante y se inclina un poco hacia delante para ver mejor el exterior. Los limpiaparabrisas lo están dando todo en su ir y venir, pero es que llueve como si alguien hubiera rajado el cielo por la mitad y un océano rugiente estuviera cayendo por él.

—Gracias de nuevo por el viaje.

—De nada, para eso estamos.

Metó los labios hacia dentro e inspiró el verde de los pinos. No sé con qué ha rociado esto antes de que yo entrara, pero va a perseguirme allí donde vaya durante el resto del día. No conozco demasiado a Leon, así que es perfectamente posible que haya un cadáver en el maletero y que el spray de pino sea para ocultarlo.

—Está lloviendo con bastante fuerza —digo.

Brandy no ha podido llevarme a casa porque su hermana ha pasado a recogerla antes de la hora. Zach ha venido hoy con la moto, y me apuesto algo a que se está arrepintiéndose. Melissa se ofreció a llevarme con la esperanza evidente de que yo declinara, y por eso lo hice. Se viene mostrando irracionalmente quisquillosa conmigo desde que la lie con un amigo de mi prometido que resultó ser un adúltero en serie. Cree que Nicholas y yo supimos que pertene-

cía al club de los infieles desde el principio y que hicimos trizas su confianza en los hombres a propósito.

—Sí, se supone que va a llover toda la semana.

—Pues es una lástima para quien quiera salir a hacer truco o trato.

Leon se vuelve a mirarme y un instante después desliza los ojos de nuevo hacia la carretera. O a lo que puede ver de ella... Francamente, no sé cómo sigue avanzando centímetro a centímetro, porque yo no veo nada. Por lo que sé, podríamos estar segando un prado. Estamos a finales de octubre y la temperatura es de cinco grados. La semana pasada me puse pantalones cortos. La semana anterior hizo tanto frío que estuvo a punto de nevar. El otoño en Wisconsin es una fiesta.

—¿Repartes golosinas?

La respuesta debería ser evidente. Me encantan las golosinas y me encantan los niños, sobre todo cuando son pequeños y repulsivos, porque me parecen muy graciosos. También me encanta el otoño. Me he pasado todo el mes usando el tono de cacerola reluciente de cobre de mi paleta de sombras de ojos, intentando darles a mis párpados el mismo brillo que tienen los rayos del sol poniente cuando caen ligeramente inclinados sobre un huerto de calabazas.

El suelo de mi habitación es un caos de suéteres suaves que hacen que me sienta como un capitán de barco, botas altas y bufandas infinitas. Todas mis comidas tienen un toque de especia de calabaza. Cuando no estoy ingiriendo calabaza, la estoy aspirando como una adicta, alineando velas con olor a comida en todas las superficies disponibles de la casa. Tarta de manzana, tarta de calabaza, especia de calabaza, calabaza de manzana.

Mi estética es agresivamente convencional, y no me arrepiento de ello. En parte se la debo a aquella mujer del mostrador de una tienda de cosmética que me dijo que soy otoñal por el color ambarino de mis ojos y por mi cabello

recto del color de las nueces pacanas, pero, por la manera en que me maravillo con los colores de las hojas, por mi amor hacia las gorras de lana y por mi tendencia a atiborrarme a calabazas, sé de corazón que seguiría siendo una zorra convencional por mucho que tuviera matices neutros. Está en mi ADN.

Pese a todo ello, no tengo ganas de repartir caramelos por Halloween. Ni siquiera he colgado las decoraciones, y eso que solía ser una de mis actividades favoritas al comenzar la estación. Es posible que acabe pasando la tarde sola, en chándal, viendo programas malos de televisión mientras Nicholas está fuera, jugando a *Gears of War* en casa de un amigo, o que nos acostemos antes de las nueve tras haber repartido hilo dental y cepillos de dientes baratos y de tamaño de viaje a algunos niños decepcionados.

—Quizá —digo al fin.

Porque ya no me importa lo que vaya a hacer. Podría estar en una montaña rusa o escribiendo la lista de la compra, que mi nivel de entusiasmo parecería el mismo. La idea me deprime, pero lo que me deprime de verdad es que no pienso hacer nada al respecto.

—Yo lo haría si viviera en una calle que fuera más concurrida —dice él—. Pero donde vivo nadie sale a hacer truco o trato.

En Morris no hay nada parecido a una calle concurrida. Vivimos en un lugar tan pequeño que lo pasarías mal intentando encontrarnos en un mapa de Wisconsin. Sólo tenemos dos semáforos.

Las luces de los coches pasan a nuestro lado, sus neumáticos escupen olas que ni Moisés al separar las aguas del mar Rojo. Si yo estuviera al volante sin duda habría aparcado en algún sitio hace una eternidad para esperar a que dejara de llover. Pero Leon está completamente relajado. Me pregunto si mantiene esta misma expresión agradable cuando se dedica a trocear a la gente y vuelca los

restos rezumantes de la tabla de cortar dentro de su maletero.

No es que Leon me haya dado ninguna razón para que me muestre precavida con él. Debería estar preguntándole educadamente dónde vive o cosas así, pero es que tengo un ojo puesto en los números de color esmeralda de su reloj digital y me estoy preguntando si Nicholas habrá llegado ya a casa, porque espero desesperadamente que no sea así. El Junk Yard abre a las diez y cierra a las seis todos los días salvo los sábados, cuando está abierto de once a siete.

Nicholas trabaja como dentista en el centro odontológico Rise and Smile, que está en la misma carretera por la que vamos ahora, y sale a las seis. Yo suelo llegar a casa antes porque él se detiene en casa de sus padres para prepararle un café a su madre o para leerle alguna carta confusa que haya llegado por correo o para hacer lo que sea que ella le esté pidiendo a graznidos ese día en concreto. Si se pasa más de veinticuatro horas sin verlo, el sistema operativo comienza a fallarle.

Esta mañana me he encontrado una de mis ruedas completamente desinflada. Mientras estaba ahí plantada, mirándola, me he visto transportada a ese momento, un año atrás, en que Nicholas señaló que tenía que enseñarme a cambiar un neumático. Ofendida por la suposición de que yo no sabía cómo hacerlo, le puse los puntos sobre las íes y le informé de que aprendí hace años. Soy una mujer moderna, responsable y autosuficiente. No necesito que ningún hombre me ayude con el mantenimiento del vehículo.

La cuestión es que, en realidad, no sé cómo cambiar una rueda. El tiempo esta mañana era agradable, no tenía ni idea de que iba a llover, así que decidí ir al trabajo caminando... y eso es lo que me ha conducido hasta el brete actual en el coche de Leon, porque de ninguna manera iba a regresar a casa caminando: ¡llevo un suéter de cachemira!

La mentirijilla sobre los neumáticos se me fue un poco

de las manos cuando el padre de Nicholas, un hombre de creencias lastimosamente anticuadas, comentó que las mujeres no saben cambiar el aceite. Yo le contesté: «¿Perdón? Yo me cambio el aceite constantemente». Lo dije por el feminismo. No se me puede culpar por ello. A continuación es posible que me jactara de haber puesto los amortiguadores y las pastillas de freno, y de no haber necesitado nunca la asistencia de un mecánico. Nunca. Sé que Nicholas desconfía y que ha estado intentando pillarme cada vez que han tenido que hacerle algo a mi coche. Muy convenientemente, sólo soy una mecánica experta cuando él está en el trabajo, así que nunca me ve en acción. Me cuelo en Morris Auto como una delincuente y le pago a Dave en efectivo. Dave es buena gente. Ha prometido que no me delatará nunca y permite que me atribuya los méritos de su trabajo.

Todos los edificios de Langley son manchas frías y azuladas bajo esta lluvia. Pasamos junto a una versión a lo Claude Monet del Rise and Smile, y ruego por que Nicholas no tenga vista de halcón y pueda verme milagrosamente en el asiento del pasajero de un coche desconocido. Si llega a sus oídos que hoy no he ido en coche al trabajo, me preguntará por qué. Y no tengo ninguna excusa válida. Se enterará de que le mentí acerca de mi saber hacer mecánico, y su expresión ufana de «lo sabía» me joderá tanto que me provocará una erupción de acné. De todos modos, él no es nadie para dudar de mi destreza como mecánica. Es sexista asumir que no sabría arreglar una fuga en los manguitos o una cinta abrasiva o cualquiera de las cosas que hacen que un coche haga brrrum. Él debería dar por sentado que todas mis mentiras son verdad.

Quiero que Leon se dé prisa, aunque la carretera esté resbaladiza y yo prefiera de veras no morirme dentro de este coche que huele como si hubiera inspirado un bosque entero por la rejilla. Me pregunto cómo podría formular la

petición de que ponga su vida en peligro mortal para que yo tenga tiempo de consultar unos tutoriales en YouTube antes de que Nicholas llegue a casa. ¿Vale la pena la posibilidad de derrapar y salirnos de la carretera a fin de que yo pueda mantener este engaño? Sí. Sí que vale la pena. No me he pasado todo este tiempo trabajándomelo para que me estalle en la cara por culpa de un poco de lluvia.

Recojo del suelo un vaso para llevar y lo giro.

—Dunkin' Donuts, ¿eh? Que no se entere Brandy.

La hermana de Brandy tiene una cafetería, el Blue Tulip Café, y Brandy, como su embajadora en el Junk Yard, no permite que nadie del trabajo frecuente ninguna de las grandes cadenas cafeteras.

Leon suelta una risita.

—Ah, ya lo sé. Tengo que esconderlo como si fuera un secreto oscuro. Pero el café de Dunkin' Donuts sabe mejor, y además has de tener en cuenta mi lealtad al nombre. Cuando compartes apellido con Dunkin' Donuts, es hacia allí adonde apunta tu fidelidad.

—¿Te apellidas Donuts? —contesto como una idiota integral un segundo antes de ser consciente de lo evidente de mi error.

—Me apellido Duncan, Naomi.

Leon me mira de reojo y su expresión quiere ser un «¿Lo dices en serio?», porque se trata de un detalle que probablemente debería saber a estas alturas, habiendo trabajado con él en el Junk Yard desde febrero. El Junk Yard no es un vertedero en el sentido literal,¹ sino un negocio familiar. Pero sus modales son infinitamente superiores a los míos, así que en cambio su expresión dice: «Oh, es perfectamente comprensible que hayas dicho eso, supongo».

Quiero abrir la puerta y saltar del coche, pero me resis-

1. *Junkyard* es, efectivamente, «vertedero, desguace, chatarrería...». (N. del T.)

to. Ahí fuera está cayendo un monzón y se me correrá el brillo cobrizo por las mejillas. Con esta visibilidad, me plantaré en medio del tráfico y me atropellarán. Mi foto de compromiso aparecerá en blanco y negro en el periódico, con el aviso de que, en vez de flores, la familia de mi prometido solicita que se hagan donaciones a Rows of Books, su organización benéfica con ánimo de lucro, que se dedica a mandar libros de texto sobre higiene dental a escuelas desfavorecidas.

Me pongo hecha una furia durante un momento porque eso es exactamente lo que pasaría, pero soy lo bastante rencorosa como para pensar que preferiría las flores.

¡Por fin!, por fin aparcamos en mi calle. Ya estoy quitándome el cinturón de seguridad cuando señalo la casita frente a la que están aparcados mi viejo y fiable Saturn y un Maserati dorado, disperejos a más no poder.

Nicholas ha llegado a casa, maldita sea.

Está en el porche, con el correo del día y una cartera de cuero bajo el brazo, abriendo la puerta de la calle. Por una vez que necesito que vaya a mimar a su madre después del trabajo, y en su lugar se viene directamente a casa, como un gilipollas. Le echo una ojeada al coche y resoplo: la rueda está tan desinflada que se ha quedado completamente torcido. Será un milagro que Nicholas no haya reparado en ello. El Saturn tiene un aspecto patético al lado del llamativo coche de Nicholas, tan fuera de lugar en Morris que todo el mundo sabe a quién pertenece cada vez que pasa zumbando frente a un semáforo en el momento en que éste se pone en rojo.

A la inversa, el vehículo de Leon es un monstruo de Frankenstein hecho con piezas japonesas. En su mayor parte es de un color azul grisáceo opaco, salvo por la puerta del conductor, que es roja y está corroída por el óxido, y el maletero, que es blanco y no cierra bien. Se ha pasado todo el viaje golpeando, lo cual probablemente ex-

plique mis visiones acerca de la persona atada y amordazada que hay en su interior. Pobre Leon. Sé que dicen que es con los tipos callados con quienes hay que tener cuidado, pero conmigo ha sido siempre agradable y no se merece ninguna mirada de reojo. Probablemente no es Jack el Destripador.

—Te veo esta noche —me dice.

Casi cada viernes, Brandy organiza una noche de juegos a la que nos invita a Zach, Melissa, Leon y a mí, cortesía que hace siempre extensiva a nuestras medias naranjas. Nicholas nunca ha asistido a ninguna de las noches de juegos de Brandy, ni a las barbacoas de Zach, ni a las excursiones de Melissa al minigolf, lo cual me parece bien. Así él puede ir a hacer sus cosas con sus amigos, que ni siquiera le caen bien; si sigue saliendo con ellos es porque cuesta mucho hacer nuevas amistades a los treinta y dos.

He cruzado la mitad del patio cuando Leon grita inesperadamente:

—¡Eh, Nicholas!

Nicholas lo saluda con la mano, confundido. Mis compañeros de trabajo suelen ignorarlo cada vez que entran en contacto, y viceversa.

—¿Hola?

—¿Vendrás hoy a la noche de juegos? —le pregunta Leon.

Se me escapa una carcajada que suena a «baj», porque por supuesto que Nicholas no vendrá. No le cae bien a ninguno de ellos, y se pasaría toda la noche malhumorado y a la defensiva, lo cual le quitaría toda la diversión para mí. Si fuera, mis amigos (aunque ella prefiera que no lo haga, sigo contando a Melissa como amiga porque mantengo la esperanza de que vuelva a tratarme bien algún día) podrían darse cuenta de que no somos los tortolitos yin y yang que vengo haciendo ver en mis *stories* de Instagram. En cierto modo me conviene que Nicholas evite a mis ami-

gos y que no se nos acerque lo suficiente como para que lo inspeccionen. Saber que nuestra relación parece envidiable desde el exterior es lo único que nos mantiene en marcha, porque en realidad nuestra relación no es para nada envidiable.

—¿De qué te ríes? —pregunta Nicholas con expresión ofendida.

—Nunca vas a las noches de juegos. ¿Para qué te lo pregunta? —Y le grito a Leon—: ¡No, tiene cosas que hacer!

—Lástima —contesta Leon—. Sabes que serás bien recibido si quieres pasarte cuando tu agenda te lo permita, Nicholas.

Los ojos entornados de Nicholas no se apartan de mí mientras contesta:

—¿Sabes qué? Creo que iré.

Leon se despide con un alegre movimiento de la mano, lo cual contrasta radicalmente con la conmoción que me apresuro a ocultar.

—¡Guay! ¡Hasta luego, Naomi! —dice, y se pone en marcha.

Alguien ha dicho algo de lo más sencillo, «Hasta luego, Naomi», y a mí se me ha ocurrido una idea extraña.

Hace mucho tiempo que nadie me ve, porque mantengo escondida una gran parte de mí. De mí, de quien soy en realidad, una persona que lleva viva veintiocho años, veintiséis de ellos sin conocer la existencia de Nicholas Rose. He estado lentamente purgando las partes Westfield de mi ser para convertirme en la pre-Naomi Rose. Ya casi la señora Rose. Llevo casi dos años siendo la mitad de un todo y últimamente no sé si cuento siquiera como una mitad.

Pero, cuando alguien me llama Naomi con una voz agradable, me siento como la chica que fui. Durante el breve lapso que tarda el coche de Leon en desaparecer al final de la calle soy Naomi Westfield de nuevo.

—¿No quieres que vaya? —pregunta Nicholas con tono acusador.

—¿Qué? No seas ridículo. Pues claro que quiero.

Le dedico la más amplia de mis sonrisas. Para que sea convincente, la sonrisa tiene que llegar hasta los ojos. Una sonrisa de verdad. Cada vez que hago una, me gusta imaginarme que lo estoy mirando por el retrovisor, largándome de Morris a toda leche, para no volver a verlo nunca más.